

PRÓLOGO

Nada define mejor el espíritu de JOSE PEDRO ARGUL que la composición de este excelente libro suyo. Libro de amor por el arte en que se confunden la nota de revaloración histórica o el juicio sobre la obra de un artista vivo, siempre sagaces y penetrantes, con el aforismo de rica sabiduría filosófica. Libro que sólo puede ser escrito por quien siente hondamente la amistad, hasta el punto de que el comercio con los hombres en su faceta de vibrante intimidad se transforma en el pivote esencial inclusive de su actividad como hombre de pensamiento, y por ello se suavizan los límites entre pasado y presente resplandeciendo tan sólo la unidad del hombre de todos los tiempos.

Argul necesita comunicar a sus semejantes lo que siente y piensa sobre el arte y los artistas, pero también necesita que aquéllos lo hagan partícipe de sus reacciones y por eso prefiere hablar más que escribir. Cuando escribe, cuando le exigen que escriba o cuando él mismo siente la urgencia de hacerlo, lo hace como quien conversa y en ciertas ocasiones como quien se confiesa. Tanto siente la hostilidad del papel blanco que gusta dictar sus trabajos, seguro estoy porque de tal manera sus ideas se corporizan y se animan al contacto con oídos atentos

que las perciben y las aprecian. Y bien, en los últimos años he tenido la felicidad de ser uno de sus auditores preferidos, uno de esos amigos con quien se discute palmo a palmo cada idea que nace y se desarrolla. No ha de extrañar, entonces, que sea yo quien por su propia voluntad escriba este prólogo.

Vuelca la misma simpatía, que no excluye la severidad —al contrario, tal vez la intensifique— cuando se trata de juzgar obras y creadores, una simpatía calurosa, comprensiva, plena de tacto, en la que vibra siempre una nota de emoción contenida. Para él la crítica es permanente bucear, arrebatado descubrimiento, actitud de expectación, nunca mera aplicación dogmática de principios. La serenidad con que exalta cualquier manifestación de arte que a su juicio lo merezca, siendo un católico militante, es la prueba más evidente de lo que digo en honor suyo. Ello no quita que con su mirada vigile toda expresión de arte religioso y que además lo impulse con la fuerza de su devoción. Pero más allá de su militancia personal, en el plano en el que el espíritu se sublima, percibe siempre el relámpago de espíritu que une a los hombres y rechaza el que los dispersa.

Resultado de esa labor a veces anónima a fuerza de ser sincera y modesta, la de un hombre que trabaja en el campo siempre fecundo del trato con otros hombres, ora al convencer y adoctrinar a un artista joven, ora al organizar una exposición con inteligencia no común, ora al dirigir una campaña de política cultural, son los trabajos que reúne en este libro. Si el lector quiere comprenderlo en su dimensión más profunda tendrá que ir descubriendo página a página esa parcela de humanidad que Argul disimula tras una prosa castigada no exenta de ironía. Sus juicios sobre pintores y escultores uruguayos y extranjeros, sus meditaciones sobre el arte, tienen un valor que

supera el de las ideas que encierran: tienen un sabor a experiencia propia, a vida que se vuelve consciente, a emoción que trasciende. ¿Puede pedirse algo más a un crítico para reconocerlo como tal? Porque tiene esos caracteres todos los que lo conocen en su país y en Argentina sienten una estima que no hace sino crecer, una estima en la que se mezcla la admiración por su conducta y la afable adhesión a sus ideas y sentimientos.

Quiero agregar que cumplo con el pedido del gran crítico uruguayo, mi amigo además, con el mismo afecto que el suyo, y que se lo agradezco pues la ocasión es más que propicia para decir públicamente lo que pienso sobre él y lo que siento por él, lo que siempre se calla por pudor.

JORGE ROMERO BREST.